

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Los días felices IV



Jueves: El día de hoy viene para mí cargado de interrogantes. Me propongo una: ¿qué opino de que Fi-

del Castro cumpla 83 años?. La respuesta no me resulta sencilla. Por una parte está la que quizá fue la ilusión más grande de mi juventud: la Revolución Cubana. Yo tenía 14 años y ya estaba optudimóder de las inmensas desigualdades que producía y mantenía el capitalismo charro que nos imponían desde el gobierno, hasta la iniciativa privada que, entonces como ahora, pretende imitar los cursis comportamientos de los norteamericanos ricos. Era la época de los automóviles inmensos como símbolo de estatus. Tener un Cadillac del año era pertenecer al ranchote de los meros ricos que se comportaban todos como Óscar Puelido en "Escuela de Vagabundos". Ellos y el cúmulo de injusticias que les permitía ser

"ellos" me parecían deplorables porque, para acabar de complicar las cosas, eran las hijas de ellos las únicas que encontraba apetecibles, pero yo sabía que era poco probable vivir un romance con una gacela a cuyo padre deseaba yo quemar en leña verde. Ésta es desde el punto de vista sentimental la historia de mi vida. Dos veces, en arrebatos estilo Pedro Infante, he contraído nupcias con las hijas de ellos y yo creo que en ninguno de los dos casos logré superar mi condición de ñero esencial y no me ha ido muy bien que digamos. Por eso ahora he optado por la soledad, aunque, en cuanto veo a una señora cuarentona de cuna rica y buena tranca, vuelvo a entrar en ebullición, pero ahora cerrando los ojos, las dejo pasar. Todo esto ya había comenzado a sucederme cuando Fidel Castro bajó de la Sierra Maestra e hizo cundir por toda la América española una esperanza de justicia, igualdad y democracia. Esa es la gran deuda de Fidel con la juventud de entonces. Su Revolución devino dictadura y nuestras rebeldías se fueron domesticando una por una. Sin embargo, algo de nuestra juventud se ha quedado en nosotros que todavía tenemos el corazón en pie de lucha, aunque los cardiólogos nos aconsejan que ya nos aquietemos y nos estemos sosiegos. Yo todavía me siento con ímpetus de armar una revolución en el

Ajusco siempre y cuando pueda yo regresar a buena hora para tomar mis medicinas.

Y ya. No seré quien le mande felicitaciones al que dejó mis ímpetus juveniles en calidad de hilacho; pero tampoco me gustaría ser de esos viejos amargados siempre dispuestos a matar los sueños de los jóvenes. Lejos de eso, me gustaría, literalmente me encantaría, ver a más jóvenes enamorados de un ideal, de algún proyecto generoso, de algo que los venga a sacar del sonso marasmo consumista en el que viven, dedicados a pensar en su peinado, en sus bienes materiales y en un concepto del amor trivial, inmediatista y entendido como una extensión de la egolatría.

En mi lista de lo que no me gustaría ser está también esto que es muy propio de los ancianos cascarrabias que sólo se alegran y consuelan diciéndolo que nosotros sí éramos verdaderos jóvenes y no estos muchachitos feminoides. Puras mentiras. Como Miguel Hernández yo también creo que la juventud siempre triunfa/ la juventud siempre vence/ y la salvación del mundo/ de su juventud depende. Y no digo más. HOY TOCA.

**¿QUÉ TAL DURMIÓ?
MDCXIII (1613)
MONTIEL**

Cualquier correspondencia con esta columna de amor a la juventud, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

